como había mandado a su santa hermana Sor Inés (1) a Florencia, de Abadesa del convento de Montecelli; tanto más, que San Francisco había dicho alguna vez a Santa Clara: "Prepárate por si necesito enviarte a otro convento"; a lo que ella, como hija de obediencia, había respondido: "Padre, yo siempre estoy preparada para ir adonde me mandes." Por eso las monjas se alegraron mucho cuando volvió; y Santa Clara quedó desde entonces muy consolada.

En alabanza de Cristo. Amén.

(1) Siguió a su hermana mayor en la Orden, 16 días después, y siguióla también en la muerte, a los tres meses, el 16 de noviembre de 1253. Había estado varios años apartada de ella, en Florencia; desde el 1219 hasta principios de 1253 cuando, según parece, la llamó la Madre hermana a Asís.

CAPITULO XVI

Cómo San Francisco dudó si debía dedicarse a la predicación o a la oración (1)

El humilde siervo de Cristo, San Francisco, poco después de su conversión, teniendo ya reunidos y admitidos en la Orden muchos compañeros, entró en grande duda y perplejidad acerca de lo qué debía hacer: si dedicarse tan sólo a la oración o también algo a la predicación; y deseaba mucho saber la voluntad de Dios acerca de esto. Y como su gran humildad no le dejaba presumir de sí ni de sus oraciones, discurrió averiguar la voluntad divina por medio de las oraciones de otro y, llamando a fray Maseo, le dijo:

—Vete a decir de mi parte a la hermana Clara que ella y alguna de sus más espirituales compañeras rueguen devotamente a Dios que se digne manifestarme lo que será mejor: si dedicarme a predicar o solamente a la oración. Después irás a decir lo mismo a fray Silvestre.

Era éste el que, siendo aún seglar, había visto una

(1) Episodio del verano de 1212.

cruz de oro que salía de la boca de San Francisco y llegaba al cielo extendiéndose hasta los confines del mundo. Había subido fray Silvestre a tanta santidad, que conversaba muchas veces con Dios, el cual oía siempre sus ruegos y le concedía todo lo que pedía; por eso San Francisco le tenía mucha devoción.

Marchó, pues, fray Maseo, y conforme al mandato de San Francisco, dio primero el encargo a Santa Clara y después a fray Silvestre. El cual, apenas lo oyó, se puso inmediatamente en oración, y habiendo obtenido respuesta de Dios, volvió a decir a fray Maseo:

–Esto dice Dios para que lo anuncies a fray Francisco: "No lo llamó a este estado solamente para sí, sino para que haga fruto en las almas y se salven muchos por él."

Recibida esta respuesta, volvió fray Maseo a preguntar a Santa Clara lo que Dios le había revelado. Dijo que ella y las demás compañeras habían recibido de Dios la misma respuesta que fray Silvestre. Vino, pues, fray Maseo a la presencia de San Francisco, y éste lo recibió con grandísima caridad, le lavó los pies, le preparó de comer y después de la comida lo llamó a la selva, allí se arrodilló delante de él y, quitándose la capucha y cruzando los brazos, le preguntó:

–¿Qué es lo que manda mi Señor Jesucristo?

–Tanto a fray Silvestre, contestó fray Maseo, como a Sor Clara y a su hermana, les respondió y reveló Cristo que es su voluntad que vayas a predicar por el mundo; porque no te ha elegido para ti sólo, sino también para la salvación de los demás.

Oída esta respuesta y conocida por ella la voluntad de Cristo, se levantó con grandísimo fervor y dijo:

—Vamos en nombre de Dios.

Y tomando por compañeros a fray Maseo y fray Angel (1), hombres santos, marcharon a impulso del espíritu sin escoger camino ni senda, y al llegar a un pueblo que se llamaba Cannario, se puso el Santo a predicar, mandando primero a unas golondrinas que cantaban que guardasen silencio mientras él predicaba y, obedeciéndole ellas, predicó allí con tanto fervor, que todos los hombres y las mujeres, movidos de la devoción, querían abandonar el pueblo y marcharse con él. San Francisco no se lo permitió, sino que les dijo:

—No tengáis prisa ni os marchéis, y yo dispondré lo que debéis hacer para la salvación de vuestras almas.

Y entonces pensó en fundar la Tercera Orden para salvación de todos. Y dejándolos muy consolados y bien dispuestos a penitencia, marchó de allí y pasó entre Cannario y Bevagno. Prosiguiendo más adelante con aquel fervor, levantó la vista y vio en algunos árboles que había a un lado del camino innumerable multitud de pajarillos. Maravillado el Santo, dijo a los compañeros:

—Esperadme aquí en el camino, que voy a predicar a mis hermanitos los pájaros.

Y entrándose por el campo, comenzó a predicar a los que había en el suelo; inmediatamente acudieron los que estaban en los árboles, y permanecieron quie-

---

(1) Angel Tancredo de Rieti, uno de los doce primeros compañeros. Vino a Francisco el año 1210 en ocasión que éste pasaba por Rieti. Era noble y caballero; con fray León y fray Rufino escribió la Vida de San Francisco, llamada de los *Tres compañeros*.

tos todos juntos mientras San Francisco predicó, y no se marcharon hasta que les dió su bendición. Y según refirió después fray Maseo a fray Santiago de la Masa, andando San Francisco por entre ellos y tocándoles con el hábito, ninguno se movía. La plática de San Francisco, en resumen, fue ésta:

–Hermanas mías avecillas, vosotras tenéis mucha obligación de ser agradecidas a Dios nuestro Criador y debéis alabarlo siempre y en todas partes; porque os dio vestido doble y a un triple, además os concedió libertad para ir a todas partes y guardó vuestra raza en el arca de Noé para que no viniese a faltar en el mundo; le debéis también gratitud por el elemento del aire que os ha destinado; aparte de esto, vosotras no sembráis ni segáis, y Dios os alimenta, os da los ríos y fuentes para beber, los montes y valles para guareceros y los árboles altos para hacer vuestros nidos; y no sabiendo vosotros hilar ni coser, Dios os viste a vosotras y a vuestros hijos; mucho os ama el Criador, pues os hace tantos beneficios; por eso debéis guardaros, hermanas mías, del pecado de la ingratitud y cuidar de alabar siempre a Dios.

Al decir San Francisco estas palabras, todos aquellos pájaros comenzaron a abrir los picos, alargar los cuellos, extender las alas, inclinar reverentemente la cabeza hasta la tierra, mostrando con las actitudes y el canto que las palabras del santo Padre les daban grandísimo placer; y San Francisco se alegraba y recreaba juntamente con ellos, maravillándose mucho de tanta multitud de pájaros, de su belleza y variedad y de la atención y familiaridad que mostraban; por lo cual, juntamente con ellos, alababa devotamente al Criador.

Finalmente, terminada la plática, San Francisco hizo sobre ellos la señal de la cruz y les dio licencia para marchar. Al instante se levantaron todos ordenadamente en el aire cantando admirablemente, y luego, según la dirección de la cruz que San Francisco les había hecho, se dividieron en cuatro partes, volando una hacia el Oriente, otra al Occidente, la tercera al Mediodía y la cuarta hacia el Norte, y cada grupo partía cantando maravillosamente. En lo cual se significaba que, como San Francisco, portador de la Cruz de Cristo, les había predicado y hecho la señal de la cruz, según la cual se dividían cantando hacia las cuatro partes del mundo; así la predicación de la Cruz de Cristo, renovada por San Francisco, debía ser llevada a todo el mundo por él y sus frailes, los cuales, a manera de avecillas, no poseyendo nada propio en este mundo, fiaban su vida en sólo la Providencia de Dios.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XVII

De un niño que se desmayó viendo a San Francisco hablar con Cristo

Un niño muy puro e inocente fue recibido en la Orden, viviendo San Francisco, y estaba en un convento pequeño en que los frailes dormían por necesidad en el suelo. Vino una vez San Francisco a este convento y, a la tarde, después de Completas, se fué a dormir para poder levantarse de noche a orar, como acostumbraba hacer, mientras dormían los demás.

El dicho niño se propuso espiar cuidadosamente los pasos de San Francisco para conocer su santidad y, especialmente, para saber lo que hacía de noche cuando se levantaba. Y para que el sueño no se lo impidiese, se echó a dormir al lado de San Francisco y ató su cordón al del Santo, a fin de sentirlo cuando se levantase. Nada de esto advirtió San Francisco, hasta que, levantándose cuando todos estaban en el primer sueño, halló su cordón así atado; pero lo desató tan despacito, que el niño no despertó y él salió solo a la selva inmediata, entró en una celdita que allí había y se puso en oración.

Algún tiempo después despertó el niño, y encontrando desatado el cordón y que San Francisco había marchado, se levantó y fue buscándolo, y como hallase abierta la puerta que conducía a la selva, pensó que San Francisco estaría allí y también él se internó en ella. Llegando cerca del lugar en que San Francisco oraba, comenzó a percibir rumor de animada conversación, y acercándose más para entender lo que oía, divisó una luz admirable que rodeaba a San Francisco y en ella vio a Cristo, a la Virgen María, San Juan Bautista, el Evangelista y grandísima multitud de ángeles que hablaban con San Francisco. Y al ver y oír esto, el niño cayó en tierra desmayado.

Cuando terminó aquella santa aparición, se volvió San Francisco al convento y en el camino encontró con los pies al niño, que yacía como muerto; y, compadeciéndose de él, lo tomó en brazos y lo llevó a la cama, como lleva el buen pastor a su ovejuela. Pero, habiendo sabido después por el mismo niño, cómo había visto la dicha aparición, le mandó que jamás la dijese a nadie mientras él viviese. Este niño creció mucho en la gracia de Dios y en la devoción a San Francisco, llegando a ser un excelente religioso, y sólo después de la muerte del Santo reveló a los frailes la dicha visión.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XVIII

Cómo San Francisco reunió Capítulo en Asís

El siervo fiel de Cristo, San Francisco, convocó una vez Capítulo General en Santa María de los Angeles. Se reunieron más de cinco mil frailes (1), y asistió también Santo Domingo, cabeza y fundador de la Orden de los frailes Predicadores, el cual pasaba entonces de Borgoña a Roma; y oyendo la reunión del Capítulo que San Francisco hacía en la llanura de Santa María de los Angeles, fue a verlo con siete frailes de su Orden.

Concurrió, además, un Cardenal devotísimo de San Francisco, al cual había éste profetizado que llegaría

(1) El número de cinco mil frailes reunidos en Capítulo consta por San Buenaventura (Leyenda, capítulo IV) y Eccleston (Anal. F. tomo 1.º, pág. 232), ambos contemporáneos de los que habían concurrido; en el *Speculum Perfectionis*, compilación de los escritos de los compañeros de San Francisco, se lee (pág. 131, edic. Sabatier): "al Capítulo de las Esteras asistieron cinco mil frailes y el Cardenal Hugolino". En cuanto a la generosidad del pueblo, véase en el Capítulo III del Apéndice lo que escribe de otro Capítulo de tres mil frailes un testigo ocular.

a ser Papa, y así sucedió. Este Cardenal había venido de propósito a Asís desde Perusa, donde estaba la Corte; todos los días venía a ver a San Francisco y a sus frailes, y unas veces cantaba la Misa y otras predicaba a los frailes en el Capítulo. Y recibía grandísimo consuelo y placer siempre que visitaba aquel santo Colegio, al ver sentados los frailes en el llano alrededor de Santa María en grupos de cuarenta, cien, doscientos o trescientos juntos, todos exclusivamente ocupados en hablar de Dios, en rezos, en devotas lágrimas y en ejercicios de caridad; y estaban con tanto silencio y modestia, que no se sentía allí ningún ruido, y maravillado de tan grande y bien ordenada multitud, decía llorando de devoción:

—En verdad que éste es el campamento y el ejército de los caballeros de Dios.

En toda aquella multitud no se oía a ninguno contar fábulas o cosas vanas, sino que doquiera había un grupo de frailes, oraban o rezaban el Oficio o lloraban sus pecados y los de los bienhechores o trataban de la salud del alma. Había en aquel campo ciertos cobertizos, ya de mimbre o ramas delgadas, ya de esteras, y dispuestos separadamente para cada grupo, según las diversas provincias a que pertenecían los frailes; y por eso se llamaba el Capítulo de las Esteras. La cama era la desnuda tierra y, el que más, tenía una poca paja; servía de almohada una piedra o algún madero.

Y se movían tanto a devoción los que lo oían o veían, y era tal la fama de santidad, que de la Corte del Papa, que estaba en Perusa, y de todo el país del valle de Espoleto venían muchos condes, barones, gentilhombres y caballeros; muchos ciudadanos, Car-

denales, Obispos, Abades y otros eclesiásticos para ver aquella congregación tan santa, tan numerosa y tan humilde; pues jamás el mundo había visto mayor número de hombres santos reunidos; y, principalmente; venían a ver al que era cabeza y Padre santísimo de toda aquella santa multitud, el cual había robado al mundo tan bella presa y había reunido tan hermosa y devota grey para seguir las huellas del verdadero pastor, Jesucristo.

Estando, pues, reunido todo el Capítulo General, el santo Padre de todos y Ministro General, San Francisco, expuso fervorosamente la divina palabra, predicándoles en alta voz lo que el Espíritu Santo le hacía hablar, y tomó por tema del sermón estas palabras:

–Hijos míos, grandes cosas hemos prometido; pero mucho mayores nos las tiene prometidas Dios si observamos las que le prometimos y esperamos con certeza las que El nos promete. El deleite del mundo es breve; pero la pena que le sigue después es perpetua; pequeño es el sufrimiento de esta vida, pero la gloria de la otra es infinita.

Y predicando devotísimamente sobre estas palabras, alentaba y movía a sus frailes a la obediciencia y reverencia hacia la Santa Madre Iglesia, a la caridad fraterna, a adorar a Dios en nombre de todo el pueblo, a tener paciencia en las adversidades del mundo y templanza en las prosperidades, a conservar la pureza y castidad angélica, a vivir en paz y concordia con Dios, con los hombres y con la propia conciencia, y al amor y guarda de la santísima pobreza. Y, al llegar aquí, dijo:

–Por el mérito de la santa obediencia, os mando a

todos los que estáis aquí reunidos, que ninguno se tome cuidado o solicitud por cosa alguna de comer o beber o de cuanto pueda ser necesario al cuerpo, sino atended tan sólo a orar y alabar a Dios y dejadle a El todo el cuidado del cuerpo; porque tiene especial providencia de vosotros.

Todos recibieron este mandato con corazón y semblante alegre y, terminado el sermón de San Francisco, se pusieron en oración.

Santo Domingo, que a todo estuvo presente, se maravilló mucho de dicho mandato y lo juzgaba indiscreto, no pudiendo discurrir cómo había de gobernarse tan grande multitud sin tener cuidado o solicitud alguna de lo necesario al cuerpo.

Pero el pastor principal, Cristo bendito, queriendo mostrar cómo cuida de sus ovejas y el singular amor que tiene a sus pobrecillos, inspiró inmediatamente a las gentes de Perusa, Espoleto, Foligno, Asís y de toda la comarca, que llevasen de comer y de beber a aquella santa congregación. Y, de pronto, se vieron venir de todas aquellas tierras hombres con jumentos, caballos y carros cargados de pan, vino, habas, queso y otros buenos manjares, según lo necesitaban los pobres de Cristo. Traían, además, servilletas, jarras, vasos y otros utensilios necesarios para tanta multitud; y se reputaba feliz el que más cosas podía traerles o servirles más esmeradamente, tanto, que hasta los caballeros, barones y gentiles hombres, que sólo habían venido por verlos, se les ponían delante a servirles con gran humildad y devoción.

Viendo todo esto Santo Domingo y conociendo en ello la acción de la divina Providencia, reconoció con

humildad que se había engañado en juzgar de indiscreto el mandato de San Francisco, y, arrodillándosele delante, le declaró humildemente su culpa y añadió:

—Verdaderamente que Dios tiene cuidado especial de estos santos pobrecillos, y yo no lo sabía. De hoy en adelante prometo observar la pobreza evangélica, y maldigo, de parte de Dios, a todos los frailes de mi Orden que presuman tener propiedad en ella.

Santo Domingo partió muy edificado de la fe del santísimo Francisco, y de la obediencia y pobreza de tan grande y ordenado colegio, como también de la Divina Providencia y de la copiosa abundancia de todo bien.

En este Capítulo dijeron a San Francisco que muchos frailes llevaban a raíz de la carne cilicios y argollas de hierro y que, por esta causa, enfermaban muchos, y algunos morían y otros quedaban inhábiles para orar. San Francisco, como discreto Padre, mandó por santa obediencia que todos los que tuviesen cilicios o argollas de hierro, se los quitasen y pusiesen delante de él; y así lo hicieron. Se contaron más de quinientos cilicios de hierro y muchas más argollas, unas de los brazos y otras de la cintura, de modo que hacían un gran montón; y todo lo hizo dejar allí el Santo.

Terminado el Capítulo, San Francisco, confortándolos a todos en la virtud y enseñándoles cómo habían de pasar por este malvado mundo sin contaminarse con el pecado, los mandó a sus provincias con la bendición de Dios y la suya, llenos de consuelo y alegría espiritual.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XIX

Cómo estando San Francisco enfermo de los ojos, se le apareció Cristo

Hallándose, en una ocasión, San Francisco gravemente enfermo de los ojos, escribió el Cardenal Hugolino, protector de la Orden, muy compadecido de él, diciéndole que fuese a su casa de Rieti, donde había excelentes médicos para las enfermedades de la vista. En cuanto recibió la carta, fue primero a San Damián, donde estaba la devotísima esposa de Cristo Santa Clara, a fin de darle algún consuelo antes de marcharse a casa del Cardenal. Estando allí empeoró tanto de los ojos a la noche siguiente, que no veía nada, y siéndole imposible marcharse, le hizo Santa Clara una pequeña celda de cañas para que reposase algo.

San Francisco, ya por el dolor de la enfermedad, ya por la multitud de ratones que le daban grandísima molestia, no pudo descansar nada ni de día ni de noche. Y como se prolongase este trabajo y tribulación, comenzó a pensar y reconocer que todo era castigo de Dios por sus pecados, y se puso a darle gracias de todo corazón y también de palabra, diciendo en alta voz:

—Señor mío, digno soy de todo esto y de mucho más. Señor mío Jesucristo, pastor bueno, que muestras tu misericordia con nosotros, indignos pecadores, en darnos diversas penas y aflicciones corporales, concede virtud y gracia a esta ovejuela tuya para que, por ninguna enfermedad, aflicción ni dolor, me separe de ti.

Hecha esta oración, oyó una voz del cielo que decía:

—Francisco, respóndeme, si toda la tierra fuese de oro y todos los montes, collados y peñascos fueran piedras preciosas y bálsamo todos los mares, ríos y fuentes, y tú hallases otro tesoro que excediese en riqueza a estas cosas cuanto el oro excede a la tierra, el bálsamo al agua y las piedras preciosas a los montes peñascos, y te lo diesen por sufrir esta enfermedad, ¿no deberías estar bien alegre y contento?

San Francisco respondió:

—Señor, yo no soy digno de tan precioso tesoro.

—Alégrate, Francisco —prosiguió la voz de Dios—, porque ese tesoro es el de la vida eterna que yo te reservo, y desde ahora te doy la seguridad de poseerlo, y esa enfermedad y aflicción es prueba de tan bienaventurada felicidad (1).

Entonces San Francisco llamó al compañero con grandísima alegría por tan gloriosa promesa y dijo:

—Vamos a Rieti a ver al Cardenal.

Y consolando primero a Santa Clara con devotas

---

(1) Aquí salta el autor una de las más hermosas páginas de la vida del Santo, o sea lo referente a la composición del *Cántico del hermano Sol*. Véase el Apéndice, Capítulo XXXII y XXXIII.

palabras y despidiéndose humildemente de ella, se puso en camino hacia Rieti. Cuando llegaba cerca, vino a su encuentro grandísima multitud de pueblo, por lo cual no quiso ir a la ciudad y se dirigió a una iglesia que distaba de ella como dos millas. Pero, cuando supo la gente que él estaba en aquella iglesia, corrieron en tropel a verlo, de modo que estropeaban completamente la viña de la iglesia y le quitaban todas las uvas, de lo cual se dolía mucho el cura en su interior, y le pesaba de haber recibido a San Francisco. Conoció el Santo, por revelación divina, los pensamientos del cura, y lo llamó y le dijo:

–Padre carísimo, ¿cuántas cargas de vino te da esta viña, cuando hay buena cosecha?

–Doce cargas –respondió.

–Te ruego, Padre –añadió San Francisco–, que lleves con paciencia que yo esté aquí unos días, porque encuentro mucho alivio; y deja comer a todos tus uvas, por amor de Dios y de este pobrecillo, y te prometo, de parte de mi Señor Jesucristo, que te dará este año veinte cargas.

Y el estarse allí, lo hacía San Francisco por el grande fruto que veía resultar en las almas de los que venían a verle, muchos de los cuales marchaban embriagados del amor divino y abandonaban el mundo.

Confiando el cura en la promesa, dejó libremente la viña a cuantos venían a ver a San Francisco. ¡Cosa admirable! La viña fue del todo destruída, y arrebatados sus racimos, de manera que apenas le quedó algún rebusco; pero, llegado el tiempo de la vendimia, el cura recogió aquellos miserables racimillos, y metiéndolos en la tinaja y pisándolos, dieron, conforme a la pro-

mesa del Santo, veinte cargas de excelente vino.

Bien se dio a entender en este milagro que, como por los méritos de San Francisco la viña despojada de uvas produjo abundancia de vino, así el pueblo cristiano, estéril de virtud por el pecado, mediante los méritos y la doctrina de San Francisco, abunda muchas veces en buenos frutos de verdadera penitencia.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XX

De un novicio que fue tentado para salirse de la Orden

Un joven muy noble y delicado entró en la Orden de San Francisco, y después de algunos días, por sugestión del demonio, comenzó a sentir tanta repugnancia al hábito que vestía, que le parecía llevar un saco vilísimo; miraba con horror las mangas, abominaba la capucha y todo él; por lo áspero y largo, le parecía carga insoportable. Finalmente, creciéndole el disgusto de la Religión, determinó dejar el hábito y volverse al siglo.

Enseñado por su maestro, había tomado por costumbre, cuando pasaba por delante del altar en que estaba el Santísimo, arrodillarse con grande reverencia, quitarse la capucha e inclinarse con los brazos cruzados. La noche que había de marcharse, ocurriéndole pasar por delante de dicho altar, se arrodilló, y al hacer la reverencia de costumbre, fue arrebatado en espíritu y le mostró Dios una visión maravillosa.

Vio delante de sí multitud casi infinita de Santos, que caminaban de dos en dos, como en procesión, to-

dos con preciosos y hermosísimos vestidos, y sus rostros y manos resplandecían como el sol, y cantaban y tañían a manera de ángeles; entre ellos iban dos vestidos y engalanados más ricamente que todos los otros y rodeados de tanta claridad que causaban grandísimo asombro a quien lo miraba, y, casi al último de la procesión, vio uno circundado de tanta gloria que parecía recién armado caballero, más honrado que todos los otros. El joven contemplaba, maravillado, esta visión sin entender lo que podía significar, y no se atrevía a preguntarlo y estaba como arrobado por la dulzura. Mas, habiendo pasado ya todos, cobró ánimo, y corriendo a los últimos, les preguntó con gran temor:

—Oh, carísimos, os suplico tengáis a bien decirme quiénes son aquellos tan maravillosos que van en esta venerable procesión.

—Has de saber hijo —le respondieron—, que todos nosotros somos frailes Menores que venimos ahora del paraíso.

—¿Y quiénes son aquellos dos —volvió a preguntar— que resplandecen más que los otros?

—Son —le contestaron— San Francisco y San Antonio, y aquel último que has visto tan honrado, es un santo fraile que murió últimamente, al cual, porque valerosamente combatió contra las tentaciones y perseveró hasta el fin, lo llevamos ahora en triunfo a la gloria del paraíso; y estos vestidos tan hermosos que tenemos, nos los ha dado Dios en cambio de las túnicas ásperas que pacientemente llevamos en la Orden, y la gloriosa claridad que ves en nosotros, nos la ha dado Dios por la humilde penitencia y por la santa pobreza, obediencia y castidad que hemos guar-

dado hasta el fin. Por tanto, hijo, no tengas por cosa dura el llevar el saco de la Orden que tan provechoso es; porque, si vistiendo el saco de San Francisco, desprecias por amor de Cristo el mundo y mortificas la carne y combates valientemente contra el demonio, tendrás juntamente con nosotros igual vestido y claridad de gloria.

Después de estas palabras el joven volvió en sí, y declaró su culpa delante del Guardián y de los frailes, y de allí en adelante amó la aspereza de la penitencia y de los vestidos, y acabó su vida en la Orden con grande santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXI

Cómo San Francisco libró de un lobo feroz la ciudad de Gubio

Morando San Francisco en la ciudad de Gubio, del condado del mismo nombre, apareció un lobo grandísimo, feroz y terrible, que no sólo devoraba los animales, sino también los hombres, de suerte que todos los ciudadanos estaban amedrentados porque muchas veces se acercaba a la ciudad; y todos iban armados, cuando salían, como si fueran a la guerra; y aun así no podía defenderse el que se encontraba solo con él, y llegó a tanto el miedo a este lobo que nadie se atrevía a salir del pueblo.

San Francisco, compadecido de aquellos hombres, determinó ir en busca de dicho lobo contra el parecer de los ciudadanos, que enteramente se lo desaconsejaban. Y, en efecto, haciéndose la señal de la cruz y puesta la confianza en Dios, salió de la ciudad con sus compañeros, y temiendo éstos seguir adelante, tomó él resueltamente el camino que conducía a la guarida del lobo. Cuando he aquí que, observándolo muchos hombres que habían salido para ver el suceso, se vino

el dicho lobo con la boca abierta hacia San Francisco. El Santo se le acercó, le hizo la señal de la cruz y lo llamó diciéndole:

–Ven aquí, hermano lobo; yo te mando de parte de Cristo que no me hagas daño ni a mí ni a nadie.

¡Cosa admirable! Al instante que San Francisco hizo la señal de la cruz, el terrible lobo cerró la boca y paró de correr; y oído el mandato vino mansamente, como un cordero, y se echó por tierra a los pies de San Francisco. Díjole el Santo:

–Hermano lobo, tú has causado muchos daños en estas tierras y has hecho grandísimos males destruyendo y matando las criaturas de Dios sin su licencia, y no sólo has matado y devorado las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de matar y despedazar los hombres hechos a imagen de Dios; por lo cual mereces la horca como ladrón y homicida pésimo, y toda la gente se queja y murmura de ti y toda esta tierra te es enemiga. Pero ahora, hermano lobo, yo quiero hacer la paz entre ti y ellos, de modo que tú no les hagas más daño, y ellos te perdonen todas las ofensas pasadas, y ni los hombres ni los perros te persigan más.

Al oír esto el lobo, con el movimiento del cuerpo, cola y orejas, y bajando la cabeza, mostraba aceptar y querer cumplir lo que proponía San Francisco. Díjole entonces el Santo:

–Hermano lobo, ya que tú quieres hacer y guardar esta paz, yo te prometo hacer que los hombres de esta ciudad te den el sustento, mientras vivas, para que nunca pases hambre; pues bien sé que por causa del hambre has hecho tantos daños. Pero, en cambio, quiero que tú prometas que jamás has de hacer daño

a ningún hombre ni animal. ¿Me lo prometes?

El lobo, bajando la cabeza, dio la señal de que lo prometía. Y San Francisco le dijo:

–Hermano lobo, quiero que me hagas fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti.

Y alargando San Francisco la mano para recibir el testimonio de la promesa, el lobo levantó un pie delantero y lo puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que pedía. Díjole aún San Francisco:

–Hermano lobo, yo te mando en nombre de Jesucristo que vengas conmigo sin temor alguno; vamos a firmar esta paz en nombre de Dios.

El lobo, obediente, se vino con él como un manso cordero, de lo cual se maravillaron muchísimo los ciudadanos. Inmediatamente se divulgó la novedad por todo el pueblo, y hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos acudieron todos a la plaza para ver al lobo con San Francisco.

Estando allí reunido todo el pueblo, se levantó en alto San Francisco y les predicó diciendo, entre otras cosas, cómo por causa de los pecados permite Dios semejantes calamidades, y que es mucho más peligroso el fuego del infierno que atormentará para siempre a los condenados, que no la ferocidad del lobo, que no puede matar más que al cuerpo, y cuánto se debe temer la boca del infierno cuando tal miedo y terror pone a tan grande multitud la boca de un pequeño animal. Volveos, pues, a Dios, carísimos, les decía, y Dios os librará del lobo en esta vida y del fuego eterno en la futura. Después de predicar, dijo San Francisco:

—Oíd, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí delante de vosotros, ha prometido y me ha dado fe de hacer paces con vosotros y no ofenderos nunca en cosa alguna, si vosotros prometéis darle el sustento necesario, y yo salgo fiador por él de que guardará firmemente el tratado de paz.

Todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente.

Dijo San Francisco al lobo delante de todo el pueblo:

—Y tú, hermano lobo, ¿prometes a esta gente que guardarás el pacto de paz, que no harás daño a los animales ni a los hombres ni a criatura alguna?

El lobo, arrodillándose, inclinando la cabeza y haciendo humildes demostraciones con el cuerpo, la cola y las orejas, mostraba, en cuanto le era posible, que quería guardarles el pacto.

Díjole todavía San Francisco:

—Yo quiero, hermano lobo, que como diste fe de esta promesa fuera de la ciudad, también aquí, delante de todo el pueblo, me des fe de tu promesa y de que no saldré engañado en la fianza que hice por ti.

Entonces el lobo levantó el pie derecho y se lo puso en la mano de San Francisco.

Con motivo de este acto y de los arriba dichos, fue tanta la admiración y alegría de todo el pueblo, ya por la devoción al Santo, ya por la novedad del milagro y por la paz del lobo, que todos comenzaron a clamar al cielo alabando y bendiciendo a Dios; porque les había mandado a San Francisco y, por los méritos de este Santo, los había librado de la bestia feroz.

Después de esto, vivió el dicho lobo en Gubio dos

años; y entraba familiarmente por las casas, de puerta en puerta, sin hacer mal a nadie y sin que nadie se lo hiciese, y todos le daban de comer cortésmente; y andando de esta suerte por la ciudad, nunca le ladraban los perros.

Finalmente, pasados dos años, el hermano lobo murió de viejo, de lo cual se dolían mucho los ciudadanos, porque, viéndolo andar tan manso por la ciudad, se acordaban de la virtud y santidad de San Francisco (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) De los testimonios del precedente relato por ahora conocidos, es el más antiguo tal vez el de estos versos:

UNUS PRAECIPUE LUPUS IPSO FERTUR AGENTE
FACTUS MANSUETUS VILLAEQUE RECONCILIATUS

de un Manuscrito hallado en Versalles. Es una reconstrucción del Poema de la vida de San Francisco escrito antes de 1230. Las adiciones y variantes que ofrece, se publicaron en *Miscellanea Franc.* (V, t. IV, pág. 34). Al decir de Le Monnier, que copia dichos versos; se remonta a fines del siglo XIII. Según el P. Domenichelli, el Manuscrito es de principios del XIV, aunque no niega que la composición o reconstrucción sea más antigua. (V. *Nuova Istoria di S. Francesco,* t. 1.º pág. 313, nota. Napoli, 1912. Y *Archivium* F. H. t. 1.º págs. 210 y 212). Parece, pues, anterior al relato de *Actus S. Francisci* (1322-1328) que ha pasado a este capítulo de las *Florecitas.*

CAPITULO XXII

Cómo un joven regaló unas tórtolas a San Francisco y no se marcharon del convento hasta que el Santo les dio licencia

Cierto joven había cazado tórtolas y, al llevarlas a vender, se encontró con San Francisco. Sentía el Santo especial ternura hacia los animales mansos, y mirando aquellas tórtolas con ojos compasivos, dijo al joven:

–Oh, buen joven, te ruego que me des esas tórtolas para que unas aves tan mansas e inocentes, que en la Sagrada Escritura son comparadas a las almas castas, humildes y fieles, no caigan en manos crueles que las maten.

Al instante el joven, movido por Dios, se las dio todas a San Francisco, y éste las recibió en su seno y comenzó a decirles dulcemente:

–Oh, hermanas mías, tórtolas simples, inocentes y castas, ¿por qué os dejáis prender? Ahora quiero yo libraros de la muerte y os haré los nidos para que deis fruto y os multipliquéis conforme al mandato de Dios vuestro Criador.

Y les hizo nido a todas y, usándolo ellas, comenzaron a poner huevos y procrear a la vista de los frailes, y eran tan mansas y tenían tanta familiaridad con San Francisco y con los otros, como gallinas a que hubiesen ellos dado siempre de comer; y no se fueron de allí hasta que San Francisco les dio su licencia y bendición para marcharse. Y al joven le dijo:

–Tú llegarás a ser fraile en esta Orden y servirás a Dios.

Y así sucedió; porque el dicho joven se hizo fraile y vivió en la Orden con gran santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

Véase lo que escribe en la Leyenda de San Verecundo un autor contemporáneo de San Francisco:

"Debilitado y consumido San Francisco por rigurosas penitencias, vigilias, oraciones y ayunos, ya no podía caminar a pie, sobre todo después que recibió las Llagas del Salvador, y lo llevaban en un jumentillo; y pasando un día al anochecer por el camino de San Verecundo *(cerca de Gubio)* montado en el asno, envueltos los hombros y espalda en tosco sayal, y acompañado de otro fraile, lo llamaban los trabajadores del campo y le decían: fray Francisco, quédate aquí con nosotros y no sigas adelante; porque andan por ahí unos lobos feroces, que te comerán el jumento y os harán daño a vosotros. San Francisco les dijo: "Ningún mal hice al hermano lobo para que se atreva a devorar a nuestro jumento. Quedad con Dios, hijos, y temed al Señor". Y de esta manera San Francisco pasó sin riesgo. Esto nos lo refirió un labrador que se halló presente".

(Archivium F. H. Tomo I, pág. 69).

CAPITULO XXIII

Cómo San Francisco vio el convento rodeado de demonios, y sólo uno entró adentro

Estando una vez San Francisco en oración en el convento de la Porciúncula, vio por revelación divina que todo el convento estaba rodeado y asesiado de demonios, como de un grande ejército; pero ninguno podía penetrar dentro, porque eran tan santos aquellos frailes que ninguno les daba entrada.

Mas perseverando los demonios en aquella disposición, uno de los frailes se incomodó con otro y pensaba en su corazón cómo podría acusarlo y vengarse de él, y este mal pensamiento sirvió de puerta al demonio, e introduciéndose en el convento, fue a ponerse sobre el cuello de aquel fraile. Pero el solícito pastor que velaba siempre sobre su grey, viendo cómo había entrado el lobo a devorarle la ovejuela, hizo llamar inmediatamente al dicho fraile y le mandó que descubriese allí mismo el veneno del odio que había concebido contra el prójimo, y por el que estaba en poder del enemigo.

Atemorizado el fraile de ver cómo el santo Padre lo

había comprendido, descubrió todo el veneno y rencor, reconoció su culpa y pidió humildemente penitencia y misericordia; hecho lo cual, y habiendo sido absuelto del pecado y recibida la penitencia, al punto huyó el demonio a vista de San Francisco; y el fraile, librado de la bestia cruel por la caridad del buen pastor, dio gracias a Dios y, volviendo a la grey corregido y amaestrado, vivió después con grande santidad.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXIV

Cómo San Francisco fue a convertir al Sultán de Babilonia (1)

Movido San Francisco del celo de la fe de Cristo y del deseo del martirio, pasó una vez al otro lado del mar con doce compañeros suyos muy santos, para dirigirse al Sultán de Babilonia, y llegando a un país de sarracenos, donde guardaban los caminos unos hombres muy crueles que a ningún cristiano dejaban escapar con vida, quiso Dios que no fueran muertos,

(1) Se llamó Babilonia uno de los barrios de la ciudad del Cairo, residencia del Sultán de Egipto. El viaje de San Francisco a Egipto y Palestina duró desde el 24 de junio de 1219 (Ancona), hasta el verano de 1220 (Venecia). Desembarcó en San Juan de Acre, pasó a Egipto donde halló al ejército de los cruzados en el asedio de Damieta y predíjole y presenció él mismo la derrota sufrida el 29 de agosto. Pasó, poco después, al campo sarraceno y presentóse al sultán Malek-el-Kamel, quien lo acogió con mansedumbre y lo escuchó benévolamente; quería retenerlo a su lado, pero rehusó convertirse por razones de Estado. Francisco rechazó sus dones, puesto que sólo buscaba almas o el martirio; volvió a los cruzados y luego visitó Palestina.

sino apresados, maltratados, atados y conducidos ante el Sultán. Allí San Francisco, enseñado por el Espíritu Santo, predicó la fe católica con tal devoción, que en confirmación de ella quería entrarse en el fuego.

El Sultán le cobró mucha afición, ya por la constancia de su fe, ya por el desprecio del mundo que veía en él, pues siendo pobrísimo, no quería aceptarle ningún regalo, ya por aquel fervor y ansia tan manifiesta del martirio. Y de allí en adelante, el Sultán le escuchaba de buena gana; le rogó que volviese a verle con frecuencia, le concedió libremente que pudiesen predicar él y sus compañeros donde quisiesen y les dio una contraseña para que nadie los pudiese molestar. Con este permiso, San Francisco envió a sus compañeros, de dos en dos, a predicar la fe de Cristo en diferentes países de sarracenos, y él, con otro de los compañeros, tomó un camino, y llegando a una casa, entró en ella para descansar.

Había allí una mujer muy hermosa de cuerpo, pero sucia de alma, y la desgraciada lo solicitó a pecar.

—Acepto —dijo el Santo—, vamos a la cama.

Y ella le condujo a una habitación. Pero San Francisco le dijo:

—Ven conmigo.

Y la llevó a una lumbre grandísima que se hacía en la casa y, desnudándose con fervor de espíritu, se echó al lado de aquella hoguera sobre el abrasado suelo, y luego la invitó a que se despojase y echase también en aquella cama mullida y hermosa. Y estando San Francisco de esta manera mucho tiempo con semblante alegre, sin quemarse ni tostarse lo más mínimo, la mujer, asombrada con el milagro y com-

pungida en su corazón, no sólo se arrepintió del pecado y de la intención mala, sino que se convirtió perfectamente a la fe de Cristo, y llegó a tanta santidad, que por medio de ella se salvaron muchas almas en aquellos países.

Por fin, viendo San Francisco que no podía hacer más fruto en aquella tierra determinó, movido de revelación divina, volverse a país de cristianos con todos sus compañeros; y habiéndolos reunido, fue a despedirse del Sultán y tomar su licencia. Entonces, el Sultán le dijo:

–Francisco, yo me convertiría de buena gana a la fe de Cristo, pero temo hacerlo ahora, porque si éstos lo advierten, me matarán a mí y a ti con todos tus compañeros; y como tú aún puedes hacer mucho bien y yo tengo que arreglar asuntos de gran peso, quiero evitar por ahora tu muerte y la mía; pero enséñame cómo podré salvarme, porque estoy dispuesto a hacer lo que me digas.

–Señor –respondió San Francisco–, ahora yo me marcho de aquí; pero, llegado que haya a mi país, cuando después de mi muerte, me halle, por la gracia de Dios, en el cielo, te mandaré dos frailes conforme a la voluntad de Dios, y ellos te bautizarán y te salvarás, según me lo ha revelado mi Señor Jesucristo. Mientras tanto, procura desprenderte de todos los impedimentos para que, cuando te llegue la gracia de Dios, te halle dispuesto a la fe y a la devoción.

Y él así lo prometió y lo hizo.

Regresó San Francisco con aquel venerable colegio de sus santos compañeros y, pasados algunos años, entregó su alma a Dios. Cayó enfermo el Sultán, y es-

perando la promesa de San Francisco, hizo poner guardias en determinados caminos con orden para que, si pasaban dos frailes con hábito de San Francisco, inmediatamente se los trajesen. Por el mismo tiempo se apareció el Santo a dos frailes y les mandó que sin tardanza fuesen a procurar la salvación del Sultán, conforme a la promesa que le tenía hecha; y ellos marcharon al instante, y, habiendo pasado el mar, fueron por las dichas guardias conducidos al Sultán, el cual recibió grandísima alegría al verlos, y dijo:

–Ahora sé de cierto que Dios me ha enviado sus siervos para mi salvación, conforme a la promesa que me hizo San Francisco por revelación divina.

Y habiendo sido instruído por los dichos frailes y regenerado en Cristo, murió de aquella enfermedad, y se salvó su alma por las oraciones de San Francisco (1).

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

---

(1) Santiago de Vitry, Obispo de Acre, que estaba con los cruzados que sitiaron y tomaron a Damieta, escribía en 1220:

"Fray Francisco es tan amable que todos lo veneran; se presentó en nuestro campamento e inflamado del celo de la fe, no temió pasar al campo de los enemigos, y predicó a los sarracenos durante muchos días, aunque con poco fruto, pero *el sultán Rey de Egipto le pidió en secreto que lo encomendase a Dios para que, inspirado por él, pudiese abrazar la religión más acepta al Señor.* Nuestro clérigo Colin, el inglés, entró en la Orden de los Menores, y lo mismo han hecho otros dos compañeros: el Maestro Miguel y Mateo a quien había encomendado la iglesia de Santa Cruz, y apenas puedo contener al Cantor, a Enrique y a otros."

Sobre este viaje del Santo y su permanencia en los países musulmanes, puede verse la obra del P. Gerónimo Golubovich *Biblioteca bio-bibliográfica della Terra Santa.* Quaracchi, 1906. En el primer tomo se hallan

CAPITULO XXV

Cómo San Francisco sanó a un leproso de alma y cuerpo (1)

El verdadero discípulo de Cristo, San Francisco, cuando estaba en esta miserable vida, se industriaba cuanto podía para imitar al perfecto Maestro, Jesucristo; de donde resultaba muchas veces, por virtud divina, que a quien él curaba el cuerpo, le sanaba Dios al mismo tiempo el alma, según se lee que lo hacía Cristo. Y no sólo cuidaba él de buena gana a los leprosos, sino que había mandado que los frailes de su Orden, por doquiera que fuesen o estuviesen, los cuidasen por amor de Cristo, que por nosotros quiso ser tenido como leproso.

En un lugar próximo al convento en que vivía San Francisco, servían los frailes a los leprosos y enfermos

---

coleccionadas y anotadas las relaciones de muchos autores, así seglares como frailes, contemporáneos de San Francisco.

(1) El suceso que se narra en este capítulo debe referirse a los años 1224-1225 cuando San Francisco, recibidas las Llagas, volvió a sus amores y cuidados de los primeros tiempos hacia los leprosos.

en el hospital, y había un leproso tan impaciente, insufrible y protervo, que todos creían (y así era verdad) que estaba poseído del demonio; porque maltrataba descompuestamente de palabra y de obra a todos los que lo cuidaban y, lo que peor era, blasfemaba tan ignominiosamente de Cristo y de su santísima Madre, que de ningún modo se hallaba quien quisiese o pudiese servirlo. Pues, aunque los frailes llevaban con paciencia las propias afrentas e injurias en consideración al mayor mérito, no sucedía lo mismo con las blasfemias contra Cristo y su Madre, por parecerles que, en conciencia, no debían soportarlas; y así determinaron desentenderse del dicho leproso; pero no lo quisieron hacer sin informar antes ordenadamente a San Francisco.

El Santo, luego que recibió la noticia, vino a ver al leproso, y, llegándose a él, lo saludó diciendo:

–Dios te dé paz, hermano mío carísimo.

–Y ¿qué paz me ha de dar Dios –respondió él con aspereza–, si me ha privado de todo descanso y de todo bien, y me puso completamente podrido y hediondo?

–Ten paciencia, hijo –le contestó el santo–, las enfermedades del cuerpo nos las da Dios en este mundo para salud del alma; porque son de grande mérito, cuando se llevan pacientemente.

–Y ¿cómo he de llevar yo en paz –replicó– el mal que me atormenta noche y día? Y no es sólo la enfermedad, porque peores son los frailes que me diste para que me sirviesen, y no lo hacen como deben.

Conociendo San Francisco por revelación que este leproso estaba poseído del espíritu maligno, fue a po-

nerse en oración para encomendarlo a Dios devotamente, y después vino y le habló de esta manera:

—Hijo, quiero servirte yo mismo, ya que no estás contento de los otros.

—Está bien —dijo el enfermo—, pero ¿qué me podrás tú hacer que no lo hayan hecho los otros?

—Lo que tú quieras, eso haré —le respondió.

—Pues quiero que me laves todo —dijo el enfermo—, porque siento tal hedor, que yo mismo no me puedo sufrir.

Inmediatamente hizo San Francisco que calentasen agua con muchas hierbas aromáticas, luego desnudó al leproso y comenzó a lavarlo con sus manos echándole otro fraile el agua; y, por divina virtud y milagro, donde San Francisco tocaba con sus santas manos, desaparecía la lepra y quedaba la carne perfectamente sana. Y según iba sanando el cuerpo, le sanaba también el alma; porque, viendo el leproso que se curaba, comenzó a sentir grande compunción y arrepentimiento de sus pecados, y a llorar amarguísimamente, de suerte que, mientras el cuerpo se limpiaba de la lepra por fuera con la ablución de agua, el alma se limpiaba del pecado por dentro con la contrición y el llanto. Sano ya perfectamente de cuerpo y alma, se confesaba humildemente culpable, y decía, llorando en alta voz:

—¡Ay de mí, que he merecido el infierno por las villanías e injurias que hice a los frailes y por mi impaciencia y blasfemias contra Dios!

Quince días estuvo llorando amargamente y pidiendo a Dios misericordia, e hizo entera confesión con el Sacerdote.

San Francisco, viendo el manifiesto milagro que

por sus manos había obrado Dios, le dio gracias y se marchó lejos de allí, porque su humildad huía de la gloria mundana, y en todo buscaba la honra y gloria de Dios y no la suya.

Después de los quince días de penitencia, hallándose el dicho leproso sano de cuerpo y alma, contrajo, según fue Dios servido, otra enfermedad y, fortalecido con los sacramentos de la Iglesia, murió santamente y su alma voló al paraíso. En prueba de ello, se apareció en el aire a San Francisco, que estaba en oración, y le dijo:

–¿Me conoces?

–¿Quién eres tú? –dijo el Santo.

–Soy –respondió –aquel leproso que Cristo bendito sanó por tus méritos, y ahora me voy a la vida eterna, de lo que doy gracias a Dios y a ti; bendita sea tu alma y tu cuerpo; pues por ti se salvarán muchas almas en el mundo; sábete que no hay día en que los santos ángeles y los otros santos no den gracias a Dios por los santos frutos que tú y tu Orden hacéis en diversas partes del mundo; ten buen ánimo y da gracias a Dios y quédate con su bendición.

Dichas estas palabras se fue al cielo, y San Francisco quedó muy consolado.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXVI

Cómo San Francisco recibió a un joven en la Orden, el cual despidió con desaire a unos ladrones, y después San Francisco les envió de comer, y se convirtieron (1)

Pasando una vez San Francisco por el distrito del Burgo de Santo Sepulcro, en un pueblo llamado Monte Casal, se le acercó un joven noble, muy delicado, y le dijo:

—Padre, de muy buena gana quisiera yo ser fraile de tu Orden.

—Hijo, tú eres joven, delicado y noble —le contestó— y acaso no puedas soportar nuestra pobreza y austeridad.

—Padre —replicó él—, ¿no sois vosotros hombres como yo?, pues como la soportáis vosotros, también la soportaré yo con la gracia de Dios.

(1) Este viaje de San Francisco ha de suponerse en el año 1213 y fundaría entonces el convento cuya guardanía encomendó, poco después, a fray Angel. La conversión de los ladrones no puede separarse mucho de esta fecha.

Agradó mucho esta respuesta a San Francisco, así es que lo bendijo y lo recibió inmediatamente en la Orden, poniéndole por nombre fray Angel; y se portó este joven tan a satisfacción, que de allí a poco San Francisco lo hizo Guardián del convento de dicho Monte Casal.

Andaban entonces por la comarca tres famosos ladrones que hacían muchos males en el país, y un día vinieron al convento y pidieron al dicho Guardián fray Angel que les diese de comer. Pero él les respondió ásperamente, diciéndoles:

—No tenéis vergüenza, ladrones y homicidas crueles, de andar robando el trabajo de otros, y aun, como insolentes y descarados, queréis devorar las limosnas dadas para los siervos de Dios. No merecéis que la tierra os sostenga; porque no tenéis ningún respeto ni a los hombres ni a Dios que os crió. Marchaos a vuestros negocios y no aparezcáis más por aquí.

Oyendo esto los ladrones, se incomodaron mucho y marcharon con gran despecho.

Poco después volvía, de fuera, San Francisco, con la alforja del pan y con el vino que él y su compañero habían mendigado, y contándole el Guardián cómo había echado a los ladrones, San Francisco lo reprendió mucho, diciéndole que se había portado cruelmente, que los pecadores mejor se ganan para Dios con dulzura que con crueles reprensiones y que por eso Dios, nuestro maestro, cuyo Evangelio hemos prometido guardar, dice que no necesitan de médico los sanos sino los enfermos y que él no vino a llamar los justos sino los pecadores a penitencia, y aun por eso muchas veces comía con ellos. Y añadió:

—Ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio de Dios, te mando por santa obediencia que inmediatamente tomes esta alforja con el pan que yo he mendigado y el vino, y síguelos por montes y valles hasta que los encuentres, preséntales de mi parte todo este pan y vino, después te arrodillarás delante de ellos confesando humildemente tu culpa y crueldad, y ruégales, en mi nombre, que no hagan más daño, que teman a Dios y no ofendan al prójimo, y si ellos se conforman, yo les prometo proveerles de lo necesario y darles siempre de comer y de beber; y después que les digas esto, vuelve aquí humildemente (1).

Mientras el Guardián fue a cumplir lo mandado, San Francisco se puso en oración pidiendo a Dios que ablandase el corazón de aquellos ladrones y los convirtiese a penitencia.

Cuando los alcanzó el obediente Guardián, les presentó el pan y el vino y cumplió lo demás que San Francisco le había encargado; y como quiso Dios, comiendo estos ladrones la limosna del Santo, comenzaron a decirse:

—¡Ay de nosotros, miserables desventurados! ¡Qué penas tan duras nos esperan en el infierno, por andar robando, maltratando, hiriendo y hasta matando a los prójimos; y después de hacer tantos males y crímenes, ni siquiera tenemos remordimiento de conciencia ni temor de Dios; y este santo fraile, por algunas palabras que con razón nos dijo por nuestra malicia, ha

(1) El latín: *quum illis haec humiliter dixeris, reverteris,* y después que les digas esto humildemente, vuelve aquí.

venido a buscarnos y se reconoció culpable y, además, nos trajo el pan y el vino y tan generosa promesa del santo Padre! Verdaderamente, estos frailes son santos de Dios, y nosotros somos hijos de perdición que estamos mereciendo las penas del infierno, y cada día aumentamos nuestra condenación. Y no sabemos si con tantos pecados que llevamos hechos podremos hallar misericordia en Dios.

A estas y semejantes razones, que dijo uno de ellos, respondieron los otros:

–Ciertamente dices verdad, pero... ¿qué le hemos de hacer?

–Vamos –dijo el tercero– a presentarnos a San Francisco, y si él nos da esperanza de que Dios nos perdone nuestros pecados, haremos lo que nos mande y podremos librarnos del infierno.

Agradó a los otros este consejo, y los tres vinieron de común acuerdo a presentarse a San Francisco y le dijeron:

–Padre, nosotros, por muchos y atroces pecados que hemos hecho, no creemos tener perdón de Dios; pero si tú tienes la mínima esperanza de que Dios nos reciba en su misericordia, estamos dispuestos a cumplir lo que nos diga y hacer penitencia contigo.

Entonces, San Francisco, recibiéndoles caritativa y benignamente, los animó con muchos ejemplos, los aseguró de la misericordia divina y les prometió alcanzársela de Dios, diciéndoles que la divina clemencia es infinita, que aun siendo innumerables nuestros pecados, todavía es ella mayor, y que, según el Evangelio y el Apóstol San Pablo, Cristo bendito vino a este mundo para redimir a los pecadores.

En virtud de estas y semejantes enseñanzas, los dichos tres ladrones renunciaron al demonio y a sus obras, y San Francisco los recibió en la Orden, y comenzaron a hacer gran penitencia. Dos de ellos vivieron poco tiempo y se fueron al paraíso. Pero el tercero que sobrevivió, acordándose de sus pecados, se dio a hacer tal penitencia que por espacio de quince años continuos, excepto las cuaresmas comunes que hacía con los otros frailes, en todo el otro tiempo ayunaba a pan y agua tres días cada semana, andaba siempre descalzo, vestido con una sola túnica y nunca dormía después de maitines.

Por este tiempo, San Francisco pasó de esta miserable vida.

Y habiendo aquél continuado por muchos años la dicha penitencia, una noche, después de maitines, tuvo tal tentación de sueño, que de ningún modo podía resistir y velar como acostumbraba. Y viendo que no podía vencer el sueño ni orar, fue a echarse en cama para dormir, y tan pronto como acostó la cabeza, fue arrebatado fuera de sí y conducido en espíritu sobre un altísimo monte en que había un despeñadero muy profundo, y de uno y otro lado peñascos fracturados y resquebrajados, erizados de escollos o puntas desiguales; por lo que su aspecto era temeroso.

El ángel que lo conducía lo empujó y echó al despeñadero, y tropezando e hiriéndose, de escollo en escollo y de piedra en piedra, llegó por fin al fondo todo dislocado y desmenuzado, según a él le parecía. Aun yacía así maltrecho por tierra, cuando su conductor le dijo:

—Levántate, que aún tienes que hacer un gran viaje.

—Me pareces imprudente y cruel —respondió el fraile—, pues ves que estoy en la muerte por la caída que me ha hecho pedazos, y me dices que me levante.

El ángel se le acercó y, con sólo tocarlo, le unió perfectamente todos sus miembros y lo sanó. Después le mostró una gran llanura de piedras agudas y cortantes, y de espinos y abrojos, y le dijo que tenía que atravesarla descalzo hasta llegar al otro extremo, donde había un horno ardiendo en el cual debía entrar. Y habiéndola pasado toda con mucha angustia y trabajo, le dijo el ángel:

—Entra en este horno, porque así tienes que hacerlo.

—¡Ay de mí! —exclamó—, ¡qué guía tan cruel tengo! Me ves casi muerto por la fatiga de esta penosísima llanura y, por descanso, me dices que entre en este horno encendido.

Y, mirando más, vio alrededor del horno muchos demonios que tenían horcas de hierro en la mano y, porque tardaba en entrar, lo empujaron con ellas adentro en un instante. Ya en el horno, comenzó a mirar a todas partes, y viendo a uno que era su compadre, y estaba ardiendo de pies a cabeza, le dijo:

—¡Oh, desventurado compadre! ¿Cómo has venido aquí?

—Pasa un poco más allá —respondió— y hallarás a mi mujer, tu comadre; ella te dirá la causa de nuestra condenación.

Siguió, pues, adelante, y apareció la dicha comadre, toda abrasada, metida en una medida de grano hecha de fuego.

—¡Oh, comadre infeliz y desventurada! —le dijo—,

¿cómo has venido a parar en tan cruel tormento?

–Porque en aquella grande carestía –contestó ella–, que San Francisco anunció con anticipación, mi marido y yo falsificábamos la medida del trigo y del grano que vendíamos, y por eso estoy ardiendo apretada en esta medida.

En esto, el ángel conductor del fraile lo empujó afuera del horno y le dijo:

–Prepárate para un horrible viaje que tienes que hacer.

Y él exclama suplicando:

– ¡Oh, conductor durísimo que no tienes ninguna compasión! Ves que estoy casi todo quemado de este horno y aun me quieres llevar a un viaje peligroso y horrible.

Entonces el ángel lo tocó, y lo puso sano y fuerte. Luego lo llevó a un puente que no se podía pasar sin grande peligro, porque era muy delgado y estrecho y, además, muy resbaladizo y sin pretiles a los lados, y por bajo pasaba un río horrible, lleno de serpientes, dragones y escorpiones, que despedían grandísimo hedor. Y el ángel le dijo:

–Pasa este puente, porque no hay más remedio.

–Y ¿cómo lo podré pasar –respondió– sin caer en este río peligroso?

–Ven detrás de mí –dijo el ángel–, pon tu pie donde veas que yo pongo el mío, y así pasarás bien.

Pasó el fraile detrás del ángel, como éste le había enseñado, hasta que llegaron al medio del puente. Desde allí el ángel remontó el vuelo dejándolo solo y se fue a la cumbre de un monte altísimo, situado bastante más allá del puente.

Se fijó bien el fraile en el lugar a donde había volado el ángel; pero se hallaba sin guía y, mirando abajo, veía aquellos terribles animales con la cabeza fuera del agua y las bocas abiertas para devorarlo tan pronto como cayese. Era tal su temor, que no sabía qué hacer ni qué decir, ni podía volver atrás ni seguir adelante. Viendo que en aquella tribulación no le quedaba más refugio que el de Dios, se abajó y abrazó al puente, y suplicó a Dios de todo corazón y con las lágrimas en los ojos que le socorriese por su santísima misericordia.

Habiendo hecho esta oración, le pareció que comenzaban a nacerle alas, y esperaba con grande alegría que le creciesen para volar al lado de allá del puente, adonde había volado el ángel; pero, con el grande deseo que tenía de salir de allí, se echó a volar poco después, y como las alas no eran bastante grandes, dio consigo en el puente y en el acto le cayeron las alas; por lo que de nuevo se abrazó al puente y se encomendó a Dios como antes.

Hecha la oración, le pareció que volvían a nacerle alas, y sin esperar tampoco esta vez a que creciesen perfectamente, se echó a volar antes de tiempo y de nuevo cayó sobre el puente y le cayeron también las alas. Viendo que caía por la prisa del volar antes de tiempo, se dijo a sí mismo: de seguro que, si por tercera vez me nacen alas, he de esperar a que sean tan grandes que pueda volar sin peligro de caer. Estando con este pensamiento, conoció que le nacían alas por tercera vez, y esperó mucho tiempo, hasta que fueron bien grandes; y le parecía que en lo que había esperado las tres veces, habrían pasado más de cuarenta años.

Por fin, remontó el vuelo con el mayor esfuerzo que pudo, y consiguió volar en alto hasta el lugar en que había visto al ángel y llamó a la puerta del palacio en que había entrado. El portero le preguntó:

–¿Quién eres tú, que has venido aquí?

–Soy un fraile Menor –respondió.

–Espera –le dijo–, quiero traer a San Francisco, a ver si te conoce.

Y mientras fue a buscar a San Francisco, se puso el fraile a mirar los muros maravillosos de aquel palacio; parecían tan claros y trasparentes, que veía claramente los coros de los Santos y lo que se hacía dentro. Estupefacto se hallaba de lo que veía, cuando llegó San Francisco con fray Bernardo y fray Gil, y en pos tanta multitud de Santos y Santas que habían seguido su vida, que casi parecía innumerable. San Francisco dijo al portero:

–Déjalo entrar, que es uno de mis frailes.

Apenas hubo entrado, sintió tanta dulzura, que olvidó todas las tribulaciones anteriores como si jamás las hubiera sufrido. Guiándolo hacia dentro San Francisco, le enseñó muchas cosas maravillosas y le dijo después:

–Hijo, tienes que volver al mundo y estar en él siete días, prepárate bien durante ellos con la mayor devoción; porque luego iré a buscarte, y vendrás conmigo a este lugar de los bienaventurados.

Llevaba San Francisco un manto maravilloso, adornado de bellísimas estrellas, y sus cinco llagas eran como cinco estrellas hermosísimas, tan resplandecientes, que iluminaban todo el palacio. Fray Bernardo tenía en la cabeza una bellísima corona de estrellas, y fray

Gil estaba circundado de maravillosa luz; y conoció entre ellos otros muchos Santos que nunca había visto en el mundo. Despedido de esta manera por San Francisco, volvió al mundo, aunque de mala gana, y despertó; y al volver en sí y recobrar los sentidos, tocaban los frailes a Prima. De modo que no habría durado la visión sino desde Maitines hasta Prima, bien que a él le pareciese que habían pasado muchos años.

Toda esta visión refirió él por su orden; dentro de los siete días le acometió la fiebre y, al octavo, vino a buscarlo San Francisco, como se lo había prometido, y en compañía de grandísima multitud de gloriosos Santos condujo su alma al reino de los bienaventurados en la vida eterna.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXVII

Cómo San Francisco fue a Bolonia, y convirtió con su predicación dos nobles seglares

Llegando una vez San Francisco a la ciudad de Bolonia, todo el pueblo corrió a verlo; era tan grande el tropel de la gente, que a duras penas pudo el Santo entrar en la plaza; y estando toda llena de hombres, mujeres y estudiantes, se levantó en alto en el medio y comenzó a predicar lo que el Espíritu Santo le inspiraba; decía cosas tan maravillosas que más parecía que predicaba un ángel que un hombre. sus palabras, verdaderamente celestiales, eran como agudas saetas que traspasaban el corazón de los oyentes, y fue grande la multitud de hombres y mujeres que se convirtieron a penitencia.

Entre ellos, dos estudiantes nobles de la Marca de Ancona, llamado el uno Peregrino y el otro Ricerio, los cuales, tocados interiormente de la divina gracia durante la predicación, se acercaron luego a San Francisco y le dijeron que querían abandonar completamente el mundo y hacerse frailes. Y conociendo San Francisco, por revelación divina, que eran enviados

por Dios y que habían de hacer vida santa en la Orden, y atendiendo a su gran fervor, los recibió alegremente y les dijo:

—Tú, Peregrino, harás vida de humildad; y tú, Ricerio, servirás a los frailes.

Y así fue, porque fray Peregrino no quiso hacerse sacerdote y se quedó lego, aunque era muy letrado y grande canonista; y por esta humildad llegó a tanta perfección en la virtud, que fray Bernardo, primogénito de San Francisco, dijo que era uno de los frailes más perfectos que había en el mundo; y, por fin, pasó de esta vida a la bienaventurada, haciendo muchos milagros antes y después de la muerte.

Fray Ricerio sirvió a los frailes fiel y devotamente, viviendo con grande humildad y santidad, y llegó a tener mucha familiaridad con San Francisco, el cual le revelaba muchos secretos. Y habiendo sido hecho Ministro de la provincia de la Marca de Ancona, la gobernó muchos años con suma paz y discreción. Después de algún tiempo, permitiéndolo Dios, sintió en su alma una tentación gravísima; por lo que, agobiado de tribulación y angustia, se mortificaba ásperamente noche y día con ayunos, disciplinas y amargo llanto; pero no la podía echar de sí. Muchas veces se veía en grande desesperación, porque se creía abandonado de Dios. Estando con esta desesperación, determinó, como último remedio, acudir a San Francisco, discurriendo de esta manera: "Si San Francisco me recibe con buen semblante y con la familiaridad de costumbre, creeré que aun tendrá Dios piedad de mí; de lo contrario, será señal que estoy abandonado de Dios". Emprendió, pues, el viaje en busca del Santo.

Hallábase éste, a la sazón, gravemente enfermo en el palacio del Obispo de Asís, y le reveló Dios toda la tentación y desesperación de dicho fraile, y su determinación y venida. Por lo cual, llamó inmediatamente a fray León y a fray Maseo, y les dijo:

—Salid al encuentro de mi carísimo hijo, fray Ricerio, abrazadlo y saludadlo de mi parte, y decidle que entre todos los frailes que hay en el mundo, yo lo amo a él singularmente.

Salieron, en efecto, y, encontrándolo en el camino, lo abrazaron y le dijeron lo que San Francisco les había mandado. Fue tanto el consuelo y dulzura que con esto recibió fray Ricerio, que casi quedó fuera de sí, y dando gracias a Dios de todo corazón, vino adonde San Francisco yacía enfermo. El cual, no obstante su grave enfermedad, cuando sintió llegar a fray Ricerio, se levantó y le salió al encuentro, y abrazándolo dulcemente, le dijo:

—Hijo carísimo, fray Ricerio, entre todos los frailes que hay en el mundo, te amo a ti singularmente.

Dicho esto, le hizo en la frente la señal de la santa cruz y lo besó en ella, añadiendo después:

—Carísimo hijo, esta tentación te la permitió Dios para grande mérito y ganancia tuya; pero, si tú no quieres más esta ganancia, no la tengas.

¡Cosa admirable! Apenas San Francisco hubo pronunciado estas palabras, le desapareció repentinamente toda la tentación, como si jamás en su vida la hubiese tenido, y quedó muy consolado (1).

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) Murió el Beato Peregrino en 1233; Pío VII confirmó su culto. La

CAPITULO XXVIII

Cómo fray Bernardo de Quintaval estuvo en éxtasis desde la mañana hasta la hora de Nona

Cuánta gracia concede Dios muchas veces a los pobres evangélicos que por su amor abandonaron el

Orden hace conmemoración de él a 27 de marzo y reza del Beato Ricerio a 26 del mismo mes.

Acerca del sermón de San Francisco en Bolonia, he aquí lo que escribe uno de los que lo oyeron, el arcediano Tomás de Espalaro: "El mismo año (1222, *como resulta de la edición crítica* de 1892) por el día de la Asunción de la Madre de Dios, estudiando yo en Bolonia, vi predicar a San Francisco en la plaza, delante del palacio público, donde casi toda la ciudad se había reunido. Fue el tema de su sermón: *Angeles, hombres y demonios;* y de estas tres naturalezas de espíritus racionales habló tan bien y tan discretamente, que muchos letrados que estaban presentes se admiraron no poco de la predicación de este hombre idiota; no se atuvo a las reglas y modo de los predicadores, sino que hablaba como arengando. Todo el intento de sus palabras se dirigían a extinguir las enemistades y asegurar la concordia de la paz; traía el hábito manchado, su persona era contemptible y el rostro vulgar; pero dio el Señor tal eficacia a sus palabras, que numerosas familias de la nobleza, entre las cuales se había desenfrenado el furor feroz de antiguas enemistades derramamiento de mucha sangre, se redujeron a la paz. Fue tanta la devoción y la reverencia que inspiró a la gente, que hombres y mujeres se precipitaron en tropas sobre él, ansiando tocarle siquiera la fimbria del vestido o quitarle alguna reliquia del hábito."

Monum. Germ. Hist., tomo 29, pág. 580. Cit. por el P. Golubovich, *Biblioteca*, tomo 1.º, pág. 98.

mundo, se ve en fray Bernardo de Quintaval, quien, después que tomó el hábito de San Francisco, muchísimas veces era arrebatado en Dios a la contemplación de las cosas celestiales.

Una vez, entre otras, oyendo Misa en la iglesia y estando con la mente absorta en Dios, quedó de tal manera arrebatado en éxtasis que no advirtió la elevación de la hostia y del cáliz, y no se arrodilló ni se quitó la capucha, como hacían los otros que estaban allí, sino que estuvo insensible y mirando fijamente sin pestañear, desde la mañana hasta la hora de Nona. Y volviendo en sí después, andaba admirado, gritando por el convento:

– ¡Oh, hermanos! ¡oh, hermanos! ¡oh, hermanos! No hay hombre en esta tierra, por muy grande y noble que sea, que si le prometiesen un palacio bellísimo, lleno de oro, no encontrase fácil el llevar una espuerta de estiércol, para ganar tesoro tan excelente.

A este celestial tesoro, prometido a los amadores de Dios, fue arrebatado fray Bernardo, el cual traía el pensamiento tan fijo en Dios, que por quince años continuos anduvo siempre con la cara y la mente levantada al cielo; y en todo ese tiempo no se quitó el hambre, aunque comía un poco de lo que le presentaban, porque decía que de lo que el hombre no prueba, no hace perfecta abstinencia, y que la abstinencia verdadera es guardar templanza en las cosas que son gustosas al paladar.

Con esto llegó a tanta claridad y luz de inteligencia, que hasta los grandes doctores acudían a él para la solución de graves e intrincadas cuestiones y difíciles pasajes de la sagrada Escritura; y él les declaraba todas

las dificultades; porque su entendimiento estaba completamente libre y abstraído de las cosas terrenas, y, a manera de las golondrinas, se remontaba a lo alto para la contemplación, acaeciéndole pasar hasta veinte y a veces treinta días sobre las cumbres de montes muy altos, contemplando a solas las cosas celestiales. Por eso decía fray Gil que a nadie, como a fray Bernardo de Quintaval, le era dado alimentarse volando, cual lo hacen las golondrinas; y por esta excelente gracia que tenía de Dios, San Francisco gustaba de hablar con él frecuentemente de día y de noche, y alguna vez fueron hallados juntos, arrobados en éxtasis durante toda la noche en la selva, a donde se habían recogido para hablar de Dios. El cual sea bendito por los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO XXIX

Cómo el demonio se apareció a fray Rufino en forma de Crucifijo, para engañarle, y le dijo que estaba condenado (1)

Fray Rufino, uno de los más nobles caballeros de Asís, compañero de San Francisco y hombre muy santo, fue algún tiempo fuertemente tentado y combatido por el demonio acerca de la predestinación, por lo cual andaba muy melancólico y triste, pues el demonio le hacía creer que estaba condenado, que no era del número de los predestinados a la vida eterna y que era cosa perdida todo el bien que hacía en la Orden. Aunque le duraba días y más días esta tentación, por vergüenza no se la descubría a San Francisco; mas no por eso dejaba de hacer las oraciones y auteridades acostumbradas.

Dio el enemigo en añadirle tristeza sobre tristeza, y

(1) Fue fray Rufino de la familia Scifi, emparentado con Santa Clara; vino a Francisco en 1210 y fue uno de los primeros, después de los doce. Murió en Asís el año 1270. El hecho que aquí se narra es ciertamente de los primeros tiempos y sucedió en las *Cárceles*.

además de las batallas interiores, comenzó a combatirlo de fuera con apariciones engañosas. Una vez se le presentó en forma de Crucifijo, diciéndole:

– ¡Oh, fray Rufino! ¿Por qué te afliges con penitencias y oraciones, si tú no eres de los predestinados a la vida eterna? Créeme; que yo sé a quiénes elegí y predestiné; y no creas al hijo de Pedro Bernardone cuando te diga lo contrario, ni le preguntes siquiera sobre esto; porque ni él ni nadie lo sabe, sino yo, que soy el hijo de Dios. Y créeme de cierto que tú eres del número de los condenados, y al hijo de Pedro Bernardone, tu Padre, no me plugo hacerlo de mis escogidos, ni a ti ni a él, y también su padre es de los réprobos; y quien lo sigue va engañado.

Dichas estas palabras, desapareció repentinamente; y fray Rufino se encontró tan ofuscado por el príncipe de las tinieblas, que perdía todo el amor y la confianza que tenía puesta en San Francisco, y ya no se cuidaba de decirle nada. Mas, lo que no le dijo fray Rufino, se lo reveló el Espíritu Santo; y así, viendo el gran peligro en que estaba, mandó a fray Maseo que lo llamase; pero le respondió con aspereza:

– ¿Qué tengo yo que ver con fray Francisco?

Entonces fray Maseo, lleno de sabiduría divina, conoció el engaño del demonio y dijo:

– ¡Oh, fray Rufino! ¿No sabes tú que fray Francisco es como un ángel de Dios, y que ha iluminado a tantas almas en el mundo, y que por su medio hemos recibido nosotros la gracia de Dios? Quiero que vengas a todo trance, porque veo claramente que estás engañado por el demonio.

Cedió a estas palabras fray Rufino, y, cuando el

Santo lo vio venir de lejos, exclamó:

– ¡Oh, fray Rufino, pobrecillo! ¿A quién has creído tú?

Y apenas llegó, se puso San Francisco a referirle por su orden toda la tentación con que interior y exteriormente lo había combatido el demonio, y le manifestó claramente que quien se le había aparecido no era Cristo, sino el diablo; y que de ningún modo debía admitir sus sugestiones. Cuando el diablo, añadió, vuelva a decirte que estás condenado, respóndele tú: –Abre la boca y te la llenaré de inmundicias–. En señal de que es el diablo, verás cómo, al darle esta respuesta, huirá inmediatamente. También debías conocer que era el diablo, porque te endureció el corazón para el bien, lo cual es su oficio; pero Cristo bendito nunca endurece el corazón del hombre fiel; antes lo ablanda, como dice por el profeta: "Yo os quitaré el corazón de piedra, y os daré corazón de carne"

Al ver fray Rufino cómo San Francisco le decía por su orden todo el hecho y circunstancias de la tentación, se compungió con sus palabras y rompió a llorar a lágrima viva, y concibiendo profunda veneración hacia el Santo, humildemente se reconoció culpable por haberle ocultado la tentación.

Después quedó muy consolado y fortalecido con las amonestaciones del santo Padre, y se sentía mejorado. Por fin le dijo San Francisco:

–Ve y confiésate; y no dejes la ocupación ni la oración acostumbrada, y ten por cierto que esta tentación te ha de ser de grande utilidad y consuelo, como luego lo experimentarás.

Volvió fray Rufino a su celda, que estaba en el bos-

que, y orando en ella con muchas lágrimas, se le apareció el enemigo en figura y apariencia exterior de Cristo, y le dijo:

—¿No te he dicho yo, fray Rufino, que no creas al hijo de Pedro Bernardone, y que no te canses en orar y llorar, porque estás condenado? ¿De qué te sirve afligirte en vida, si después de muerto te verás condenado?

Fray Rufino le contestó:

—Abre la boca y te la llenaré de inmundicias.

Al instante huyó con despecho el demonio, causando tal tempestad y terremoto que del monte alto que está allí cerca se precipitaron las piedras, durando largo tiempo el fragor de las que caían; y con tal fuerza chocaban entre sí, al rodar, que hacían fuego horrible abajo en el valle. Al espantoso ruido salieron del convento San Francisco y sus compañeros para ver lo que ocurría; y aun hoy están patentes los efectos de aquella grandísima ruina.

Entonces fray Rufino conoció perfectamente que aquel era el demonio, que le había engañado. Por lo cual, volviendo a la presencia de San Francisco, se postró de nuevo en tierra y reconoció su culpa. El santo lo animó con palabras dulces y lo envió muy consolado a la celda, donde, estándose con mucha devoción, le apareció Cristo bendito y le enardeció el alma en divino amor, diciéndole:

—Has hecho bien, hijo, en creer a fray Francisco; porque el que te había entristecido era el diablo. Yo soy Cristo, tu Maestro, y para asegurarte bien de que lo soy, te doy esta señal que mientras vivas nunca sentirás tristeza ni melancolía.

Dicho esto, desapareció Cristo, dejándolo con tanta alegría, dulzura de espíritu y elevación de mente, que día y noche estaba absorto y arrobado en Dios. Desde entonces fue tan confirmado en gracias y en la confianza de su salvación, que se halló mudado en otro hombre, y se estaría día y noche en oración contemplando las cosas divinas, si los otros lo dejaran.

Hablando de fray Rufino, decía San Francisco que Jesucristo lo había canonizado en esta vida y que no dudaría llamarlo San Rufino fuera de su presencia, aunque estuviese todavía vivo sobre la tierra.

En alabanza de Cristo. Amén.

CAPITULO XXX

Cómo San Francisco envió a fray Rufino, sin hábito, a predicar en Asís, y después, para probar en sí aquella mortificación, fue él también de igual modo, e hicieron aquel día mucho fruto espiritual (1)

El dicho fray Rufino andaba tan absorto en Dios por la continua contemplación, que se había hecho casi insensible y mudo, y rarísima vez hablaba y, además, no tenía gracia para predicar ni facilidad para hablar; y, no obstante, San Francisco le mandó que fuese a Asís y predicase al pueblo lo que Dios le inspirase.

A lo que fray Rufino respondió:

–Padre reverendo, te suplico que me dispenses y no me mandes; pues ya sabes que no tengo el don de predicar y que soy simple e idiota.

–Ya que no me has obedecido pronto, le dijo San Francisco, te mando, por santa obediencia, que vayas

(1) Suceso también de los primeros años; residencia, la Porciúncula. Es una bella demostración no sólo del dominio de San Francisco sobre sus discípulos y sobre sí mismo, sino también del poder de su elocuencia que supo convertir tan presto lo ridículo en sublime y la risa en llanto.

sin hábito a Asís con solos los paños de honestidad, y entres en una iglesia y prediques así al pueblo.

Al oír este mandato, fray Rufino se quitó el hábito y marchó a Asís; entró en una iglesia, y habiendo hecho reverencia al altar, subió al púlpito y se puso a predicar; de lo cual comenzaron a reírse los muchachos y los hombres, y decían:

–Estos, con la mucha penitencia que hacen, se vuelven fatuos y andan fuera de sí.

Mientras tanto, reflexionando San Francisco en la presteza con que había obedecido fray Rufino, que era gentilhombre de los príncipes de Asís, y en el duro mandato que le había impuesto, comenzó a reprenderse a sí mismo, diciendo:

–¿De dónde te ha venido tanta soberbia, hijo de Pedro Bernardone, hombrecillo vil, que mandes a fray Rufino, que es gentilhombre de los principales de Asís, que vaya, desnudo como un fatuo, a predicar al pueblo? Por cierto que has de experimentar en ti lo que mandas a los otros.

Y al instante, con fervor de espíritu, se despojó el de la misma manera y se fue a Asís, tomando consigo a fray León para que le llevase su hábito y el de fray Rufino. Al verlo en esta disposición, los de Asís lo escarnecían, pensando que con la mucha penitencia se habían puesto locos él y fray Rufino.

Cuando San Francisco entró en la iglesia, estaba fray Rufino predicando estas palabras: "Carísimos, huid del mundo, dejad el pecado, restituid lo ajeno, si queréis evitar el infierno; guardad los mandamientos de Dios amando a Dios y al prójimo, si queréis ir al cielo; y haced penitencia, si queréis poseer el reino

de la gloria" (1).

San Francisco, despojado como estaba, subió al púlpito y comenzó a predicar tan maravillosamente acerca del desprecio del mundo, del deseo del reino celestial y de la desnudez y afrentas de nuestro Señor Jesucristo en su pasión, que todos los oyentes lloraban a lágrima viva, movidos sus corazones con increíble devoción y compunción; y no sólo así, sino en todo Asís, hubo aquel día tanto llanto por la pasión del Señor que jamás se había visto semejante.

Así edificado y consolado el pueblo con los actos de San Francisco y fray Rufino, el Santo vistió a éste el hábito y, poniéndose él también el suyo, volvieron vestidos al convento de la Porciúncula, alabando y glorificando a Dios, que les había dado gracias para vencerse y despreciarse a sí mismos, y edificar con el buen ejemplo a las ovejuelas de Dios mostrándoles cuán útil es despreciar al mundo.

Creció tanto aquel día la devoción del pueblo hacia ellos, que se tenía por feliz el que podía tocarles la fimbria del hábito (2).

En alabanza de Cristo. Amén.

---

(1) Estas palabras ofrecen a Francisco el tema de la predicación, en la cual la desnudez del predicador se justifica y se conforma con la desnudez de Cristo.

(2) Véase el Apéndice, Capítulo XXVI.

CAPITULO XXXI

Cómo San Francisco, por divino privilegio, conocía todas las virtudes y defectos de sus frailes; y cómo decía que fray Rufino había sido canonizado por Cristo

A la manera que nuestro Señor Jesucristo dice en el Evangelio: "Yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen"; así el bienaventurado Padre San Francisco, como buen pastor, sabía por revelación divina todos los méritos y virtudes de sus compañeros, y conocía sus defectos; por lo cual sabía proveer a todos el mejor remedio, humillando a los soberbios y ensalzando a los humildes, vituperando los vicios y alabando las virtudes, como se lee en las revelaciones que tenía de su primera familia.

Encuéntrase en ellas que, estando una vez San Francisco hablando de Dios con sus compañeros, y no hallándose allí fray Rufino, porque estaba en contemplación en el bosque, prosiguiendo con ellos su plática, salió del bosque fray Rufino y pasó algo apartado de allí. Al verlo San Francisco, se volvió a los compañeros y les preguntó:

–¿Cuál creéis vosotros que será el alma más santa

que tiene Dios ahora en el mundo?

Y respondiendo que creían fuese la suya, les dijo San Francisco:

–Yo, carísimos hermanos, soy el hombre más vil que tiene Dios en este mundo; pero ¿veis aquel fray Rufino que sale ahora de la selva? Pues me ha revelado Dios que su alma es una de las tres más santas que hay en la tierra; y yo no dudaría llamarlo en vida San Rufino; porque su alma está confirmada en gracia, santificada en el cielo y canonizada por mi Señor Jesucristo.

Pero esto nunca lo decía San Francisco en presencia de fray Rufino.

Del mismo modo conocía San Francisco los defectos de sus frailes; y así comprendía claramente a fray Elías, y muchas veces lo reprendía de su soberbia; y predijo a fray Juan de la Capella que él mismo se había de ahorcar; y decía a otro fraile que veía cómo el demonio le apretaba la garganta, cuando era corregido por una desobediencia. Y de muchos otros conocía claramente los defectos y virtudes por revelación de Cristo bendito. Amén.

CAPITULO XXXII

Cuánto deseaba fray Maseo la virtud de la humildad, y cómo quiso dar los ojos para obtenerla, y la alcanzó

Los primeros compañeros de San Francisco ponían todo su cuidado y esfuerzo en hacerse pobres de cosas terrenas y ricos de las virtudes con que se alcanzan las verdaderas riquezas celestiales y eternas.

Sucedió un día que, hallándose todos reunidos hablando de Dios, dijo uno de ellos:

–Había uno que era grande amigo de Dios y tenía grande gracia de vida activa y contemplativa; y con todo eso era tan excesiva y profunda su humildad que se tenía por grandísimo pecador; y esta humildad lo santificaba y confirmaba en gracia y lo hacía crecer continuamente en las virtudes y dones de Dios y jamás lo dejaba caer en pecado.

Oyendo Fray Maseo tan maravillosas cosas de la humildad y comprendiendo qué es un tesoro de vida eterna, comenzó a sentirse tan inflamado del amor y deseo de esta virtud que, levantando la cara al cielo con gran fervor, hizo voto y propósito firmísimo de